

Jóvenes Graduados:

Al cumplir el honroso encargo de dirigiros, en el último acto oficial de vuestra estancia en el Instituto, unas palabras de despedida, he, ante todo, de felicitaros por haber accedido a este triunfo, en el que culmina una de las etapas más importantes en la vida del hombre: la de su formación profesional. El título que vais a recibir condensa, en efecto, la historia de un propósito, cuya realización os ha exigido dedicación y perseverancia, denodados esfuerzos y dolorosos sacrificios –toda ciencia se compra con dolor, decía Aristóteles- y que, justamente por ello, amerita la felicitación que os llevan mis palabras iniciales.

Cada año, en esta misma fecha, en este mismo lugar, autoridades y maestros nos hemos reunido, por generaciones escolares, en la Ceremonia pública más solemne de nuestra vida académica, para testificar el otorgamiento a nuestros alumnos de los títulos a que se han hecho acreedores, y cada año, como ahora en vosotros, hemos visto, en visión renovada, la misma emoción reflejada en sus rostros. Emoción compleja, ciertamente, en que a la satisfacción del empeño logrado se mezclan las anticipaciones y los recuerdos, los proyectos y las realizaciones, el entusiasmo y la nostalgia.

Es natural que así sea. Signo de nuestra temporalidad es el vivir en viaje, y todo viaje supone estaciones que del futuro advienen a nuestro presente y estaciones que nuestro presente desplaza hacia el pasado. Lo que queda atrás levanta nuestros recuerdos y suscita nuestra nostalgia, mientras lo porvenir aviva nuestros proyectos y enciende nuestro entusiasmo. Pero la vida humana es, lo mismo individualmente que considerada como especie, una vocación a la esperanza. Vivimos en función del futuro, y el viaje sólo cobra sentido si tiene una dirección y termina en una meta. Esta meta final es la plenitud humana, y para esta plenitud individual y colectiva os hemos preparado. Es ella la que justifica la existencia de nuestra Institución, y es ella el motivo último de vuestros estudios.

Hace poco más de dos lustros, con motivo de la Celebración del X Aniversario del Instituto, intenté explicitar, en breve Mensaje, esta misma idea, que fundamenta y nutre los

propósitos y actividades esenciales de nuestra tarea educacional. Permitidme que hoy, después de trece años, lo reitere ante vosotros.

Dije entonces:

La historia del hombre es como el mar.

Las olas van y vienen,

fluyen y refluyen.

Pasan.

Pero nada se pierde

Todo queda en la memoria del mar.

Así, los años y los siglos.

Generaciones tras generaciones en el fluir de las edades.

Mas, en la obra del hombre, el hombre sobrevive.

Signo de nuestra duración,

la obra funda al hombre en el tiempo.

Nos perpetúa.

Como el padre es fundado por el hijo en quien pervive.

...

El hombre inventa al hombre.

Lo hace, haciéndose camino,

escala para la ascensión.

Vida.

Fe y esperanza, virtudes teologales,

se constituyen en virtudes de la historia,
junto al amor,
“che move il sol e l’altre stelle.”

Medida del futuro es el Amor.
Porque el Amor es la Verdad del Hombre,
agente y paciente de la historia.

Toda historia es futuro.
Lo que le da sentido es el porvenir del mundo,
el destino del hombre.
Por ello, toda obra humana cuenta en la cuenta
de la civilización y la cultura.

Desde sus días aurorales,
hemos visto al hombre
pastoreando bajo cielos hostiles,
recolectando el trigo,
naciendo al mundo del arte junto al fuego,
abriendo mitologías en las estrellas,
cultivando signos,
leyendo el rostro de las cosas.

Hay un solo designio en la historia del hombre:
ascensión hacia su libertad,
ascensión que lleva asociados el dominio y la
perfección del mundo.

...

Vienen y van las olas,
y, como ellas, pasan las generaciones.
Mueren los hombres.
Pasaremos nosotros.
Mas, ¿qué importa nuestra muerte
si nace el hombre, nuestro hijo?

El hombre lleva al hombre.
Y el impulso que perdura es uno y el mismo.
Y una y la misma es la sed de perfección.
Y uno y el mismo es el ascenso hacia la libertad.

...

Es la fisonomía que imprime a su obra
está la identidad del hombre.

Miremos al hombre inventado por el hombre.

Porque no basta la pura sed y el solo impulso.
Es preciso construir a su depositario.
Hacerlo escala y vía.
Libertad creadora.
Jardinero del mundo.
Operario del espíritu.
Obrero de Dios.

...

Esta es nuestra visión del hombre y de la

historia.

Esta es nuestra filosofía de la educación.

Incorporado a la gran tarea,
participando en ella con el signo de México,
tal ha sido el empeño del Intituto.

Forjar al hombre.

Hacerlo depositario de esta sed,
engendrarlo en el amor,
confortarlo en la fe,
disciplinarlo en la esperanza,
darle conciencia de ser corresponsable en una
tarea total y única.

Que cuando más tarde se le interrogue sobre su
dádiva a los hombres,
tenga su respuesta el sentido de las palabras que
Saint-Exupéry pone en labios del geómetra:

-¿Qué di a los hombres? Jardinero de un jardín
de signos,
Soy su parte de meditación sobre los triángulos.

Sabiduría de amor, de colaboración y de
servicio.

Jóvenes graduados:

Al despediros oficialmente de esta Casa de Estudios, hago, a nombre de autoridades y maestros, el voto más ferviente porque cada uno de vosotros realice plenamente su vocación humana. Cordialmente esperamos, con la más confiada esperanza, que cada uno de vosotros alcance, por los méritos de su conducta social, por su servicio, por su colaboración y por su amor, un lugar preferente en su respectiva comunidad de origen, y que, por estos méritos, vuestra comunidad se reconozca en cada uno de vosotros como su parte más responsable, más eficaz y más fiel a sí misma.

Junio de 1966

Alfonso Rubio y Rubio